

debían hacer de Rosa la artista eminente que ha sido mas tarde; bien entendido que sobre el papel que habia escrito para ella la hice hacer sus estudios mas profundos, apoyándolos con la doble importancia de autor y maestro.

Ese papel lo sabia ella de memoria, poseía sus mas pequeños matices, habia explorado sus mas delicados pliegues; de manera que estaba admirable en esa obra que no tenia dificultad ni secreto para ella. Como Pigmalion, yo veia animarse mi estatua, y engreído y trémulo, me pasmaba de haber creado aquella suprema beldad. Yo tenia los sublimes goces del estatuario griego, pero, mas dichoso que él, estaba seguro del amor de mi Galatea.

Mi drama se halló terminado al mismo tiempo que la educacion de Rosa, y no me restó mas que el pensar en las diligencias que debían contribuir á la realizacion de mis ardientes votos: la representacion de la obra y el estreno de la actriz.

Hasta entonces me habia adormecido tambien en mi felicidad última; habia confinado tanto mi vida en los goces domésticos, que no me habia formado ninguna relacion exterior. Halléme aislado como en los primeros dias de mi llegada á Paris, y no conocia á ningun director de teatro, pues desde mi reunion con Rosa habian trascurrido tres meses como un sueño, y los dulces cuidados con que me ocupaba de ella y de su porvenir, me habian absorbido completamente. De esos cuidados de cada momento, de esa comunión de almas que nos identificaba, mi ternura hácia ella habia salido mas fuerte y mas seria, y comprendia los deberes que me imponia al paso que saboreaba los derechos que me daba. No consideraba ya nuestras relaciones como un vínculo pasajero, sino que queria hacer nuestro amor duradero y respetado uniendo para siempre su vida á la mia, para lo cual habia resuelto en mi corazon el casarme con mi amiga... ¡Amoroso sueño acariciado en el santuario de mi pensamiento, que yo le habia callado, queriendo hacer de él una sorpresa y una recompensa el dia de nuestro triunfo! Quizás cometí una falta con este silencio... ¿Ha influido en los acontecimientos que tuvieron lugar? ¿Habrian estos sido otros sin él? No lo sé; pero si cometí una falta, la he expiado bien cruelmente.

De todas sus antiguas amigas, Rosa solo habia conservado una, que era una jóven á quien habia conocido en sus cursos de declamacion y que, como ella, se destinaba á la carrera dramática. Llamábase Julia, tenia veinte años, y codiciaba el papel de graciosa que estaba en evidente armonía con el carácter de su fisonomía y su agudeza, pues era imposible hallar ojos mas vivarachos, nariz mas arremangada, ni mejillas con hoyuelos mas lindos. Además, era alegre, viva, reidora, siempre negligente, burlona y á veces impertinente; pero sabiendo compensar sus defectos con una sincera adhesión á las personas á quienes amaba. Solo ella habia seguido frecuentando nuestra humilde morada, sin que tuviese valor para prohibirla su acceso, pues si bien su sociedad me parecia algo lijera, y sus modales de un gusto dudoso, era buena amiga, y su verbosidad satírica, sus chistes imprevistos, y su constante buen humor, animaban nuestra casita y divertían á Rosa á quien yo no queria privar de ninguna distraccion.

Una mañana, entró Julia en nuestra casa con los ojos mas brillantes, el aire mas determinado y la voz mas vibrante que de costumbre. Era evidente que le habia ocurrido alguna cosa feliz. Al entrar arrojó sobre una silla su chal y su sombrero, y principió á bailar. Nosotros, acostumbrados á sus originalidades, la mirábamos riéndonos, cuando de súbito se paró y dijo:

— ¡Amigos míos, á todo trabajo llega su recompensa! Felicitadme.

— ¿De qué? preguntó Rosa.

— Al fin soy actriz. Acabo de contratarme.

— ¿Verdaderamente?

— Aquí me teneis hecha una graciosa; mi sueldo no será gran cosa, pero es preciso comenzar, y espero que las cosas cambiarán mas tarde.

La felicitamos sinceramente de un resultado tan ventajoso como inesperado, y Julia, abrazada, cumplimentada y festejada, nos detuvo, diciendo:

— Amigos míos, no dudaba de vuestra alegría, pero ahora se trata de vosotros. El teatro en que entro es hermoso, y la compañía escelente para el drama, y allí es donde hay que acudir. Se representará en él vuestra pieza, y contratarán á Rosa, ó no me he de llamar Julia. Contad conmigo; mi divisa es: vencer ó morir juntos. Si me juzgais digna de recompensa, dadme el papel de paje y estoy segura de estrenarme bien. Ahora, os dejo para ir á hacer conocimiento con mis nuevos camaradas... ¡Adios!

Y tomando su chal y su sombrero, salió como habia entrado, sin darnos tiempo para responderle.

Aquella visita nos causó una impresion profunda, y la marcha de Julia nos dejó muy pensativos. Sentados cada uno en un rincon del cuarto, nos mirábamos sin hablar palabra; aguardando el fin de un silencio que ninguno queria romper el primero, hasta que por último me decidí yo á romperlo y dije:

— Julia tiene razon; sus consejos son buenos. Mañana iré á presentar mi drama.

Rosa sonrió y me alargó la mano. Yo habia adivinado su pensamiento como siempre.

El dia siguiente tomé mi manuscrito enrollado con mucho cuidado, y me encaminé lleno de confianza hácia el gabinete del director de Julia; pero ignorante como entonces estaba de los usos del mundo dramático, no habia previsto los obstáculos que me aguardaban. Primeramente, la completa ignorancia de mi nombre hizo que me negasen la entrada, diciéndome que el director estaba ausente; el dia siguiente, me respondieron que estaba muy ocupado para recibirme, que su tiempo estaba contado, y sus negocios eran inmensos; de consiguiente me fué forzoso resignarme y confiar á manos subalternas mi precioso manuscrito y su suerte. En esa via, aun me estaba reservada una nueva decepcion: trascurrieron los dias sin traerme la respuesta tan ansiada, y mi fé, á pesar de su robustez, principiaba á flaquear, porque habia escrito las cartas mas urgentes sin ver romperse aquel silencio despreciativo. Rosa se desesperaba; pues con la espontaneidad de deseo é imaginacion que hace á las mujeres y los niños confundir el deseo y su realizacion inmediata en el mismo círculo de ideas, lo habia creído todo ganado hacia poco, como entonces lo creia todo perdido. Abandonóla el valor al mismo tiempo que la confianza; alojóse la fibra de su energía para el trabajo; descuidó los estudios, y le faltó poco para quemar los libros y manuscritos y volver á la labor de aguja tan menospreciada antes. Rosa tenia un carácter apacible y dulce, propio para los triunfos fáciles y no para las rudas emociones de la lucha, y debia palpar bien luego esta verdad. En cuanto á mí, aunque mi convicción era mas profunda y mi corazon mas firme, confieso que de vez en cuando me sentia invadido de un amargo desaliento y picado por las lancetadas de una cólera sorda.

Nos hallábamos en esa disposicion recíproca, cuando nos llegó un socorro inesperado, debido á la intervencion de